

La historia española, velada hasta entonces en los grandes sucesos del imperio de Roma, en las luchas de éste con Cartago y en los comienzos de aquella maravillosa monarquía visigoda, se nos ofrece ahora en primer término en la historia del mundo, digna de especialísima mención.

Desde el principio del siglo V al siglo VII, época de Suintila, atraviesa España por las vicisitudes de las conquistas llevadas á término por los primeros reyes godos y por la lenta constitución de la monarquía, del Estado, de propiedad y de la fusión de razas, hasta que Recaredo I, en el último tercio del siglo VI, se convierte á la fe católica y abjura del arrianismo en el concilio III de Toledo, en 589; concilio sin duda el más notable é importante del Occidente en aquellos días, cuyo hecho prepara á las generaciones de España, á salvar á Europa del poder del bárbaro y del sensual mahometismo.

Suintila, Sisenando, la gran figura del ilustre S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, Chindasvinto, el *Fuero-Juzgo*, Wamba, prodigio de heroico desprendimiento, Ervigio, Egica y D. Rodrigo, son los personajes más notables de aquella época en la historia de España, que si bien representa la benéfica influencia del sabio clero en la educación social, su amor á las ciencias, su importancia suma en las órdenes todos de la vida, también nos ofrecen tristes cuadros de intestinas luchas, inspiradas por la soberbia y los vicios, causa primordial de la impotencia de la que fué un tiempo vigorosa monarquía, y que ya en tiempo de D. Rodrigo no pudo resistir el primer empuje de los sarracenos en 711 á orillas del Guadalete. Bajo este desventurado rey vino á desmoronarse el robusto imperio de Occidente, iniciado por el aventurero Alarico, comenzado en España por Ataulfo, proseguido por Walia, convertido en estado por Teodoredó, redondeado en la península por Eurico, esplendente bajo Leovigildo...

Tocó á ser instrumentos de su ruina á los hijos del Profeta.

Mas si la España de D. Rodrigo, con sus debilidades y miserias, cayó como una débil esclava vencida y ensangrentada bajo la bárbara cimitarra de los árabes; la España de los concilios de Toledo, la España augusta, la España de S. Isidoro, no murió ni ha muerto: dió muestras de su grandeza y virilidad y fe en Covadonga, y de allí salió para repetirse á lo largo de los siglos hasta las puertas de Granada el grito santo de independencia católica en España, el cual no ha dejado todavía de oírse en cuantos solemnes momentos de su vida histórica se ha tocado en su corazón á la fibra de la fe.

Esta vez es el Oriente el que viene á intimar al Norte que su dominación ha concluido, como antes el Norte había sido llamado á derrocar el imperio del Mediodía. Es la raza semítica que aspira á reemplazar á la raza japhética y á la raza indo-germánica. Entonces, como ahora, todo estaba providencialmente preparado para una gran revolución. Entonces Roma degenerada y muelle pudo oír el confuso murmullo de aquel enjambre de bárbaros que, apostados á los confines septentrionales de su imperio, no esperaban sino la voz de «adelante», para lanzarse sobre él. Ahora los godos pudieron oír el sordo ruido de las formidables masas de guerreros árabes, que desde las playas africanas esperaban la voz de «avancen» para cruzar el piélago y arrojarse sobre España. Un río había tenido á los godos separados del imperio romano; un estrecho de mar tenía ahora separados á los árabes del reino godo. Detenidos por las olas, pero aguijados del deseo de plantar el estandarte del Profeta en el mundo de Occidente, el miserable estado de la monarquía gótica les brindaba ocasión oportuna; la venganza y la traición les tendieron su mano, y guiados por ella surcaron el estrecho los hijos de la Arabia y los del Magreb en la primavera del año once del octavo siglo de la era cristiana. El sol del 30 de abril alumbró el desembarco de los nuevos huéspedes en Algeciras y el pie de la gran Roca de Gibraltar, que todavía conservan poco variados los nombres que los invasores les pusieron, como si su primer paso quisiera anunciar ya la intrusión de su lengua en la del país que venían á conquistar.

No vienen éstos, como los septentrionales, ganados al cristianismo. Al contrario, vienen á imponer otra religión, otro culto y otra moral. No traen por símbolo la cruz, sino la cimitarra. Su culto es el de Mahoma, su dogma el fatalismo, su moral la del deleite, su principio político y religioso, el despotismo temporal y espiritual, su pensamiento, su ideal, acabar con toda civilización que no sea la del Korán.

Pronto se encuentran cristianos y musulmanes, porque Rodrigo ha acudido á defender su reino de aquellas gentes extrañas, que al decir de Teodomiro no se sabe si son venidas del cielo ó de la tierra. ¡Providencia de Dios! Pronto se cruzan las armas, y se empeña un terrible y desesperado combate... ¿Qué significa ese quejido de dolor que ha resonado en toda España? Es que el monarca y la monarquía goda han quedado á un tiempo ahogados en las ensangrentadas aguas del Guadalete. No la España sola, el mundo entero quedó absorto al oír que los guerreros del Korán habían vencido á los soldados del Evangelio. Pereció el grande imperio de Occidente bajo los golpes de la cimitarra de Tarik.

Ya no se vuelve á hablar de reino gótico: ya no hay godo-hispanos, ni hispano-romanos; la conquista ha borrado estas distinciones, que una fusión jamás completa había conservado por más de dos siglos.

Arabes y moros se esparcen por todas las comarcas de nuestra Península y la incunden como un río sin cauce.

La nación ha desaparecido: ella resucitará.

Establecido el califato de Córdoba en 755, los hemires Abdelasis, Ayub y Alahor, se dedican á asegurar sus conquistas. Abderrahmán, nuevo Atila, cuyo genio impetuoso logró imponerse por algún tiempo, halló en los muros de Tours y en el ánimo de Carlos Martel una completa derrota, repetida más tarde en sus sucesores, en cien combates, en las llanuras de Castilla.

Habiase detenido la inundación ante una cordillera de escarpadas rocas, á cuya espalda se escondía un pobre rincón de España, que los invasores, ó no conocieron, ó ocaso por el aspecto de su pobreza lo menospreciaron. No había sin duda entre los sarracenos uno solo que supiera ni la geografía de lo presente, ni la historia de lo pasado. No hubo quien les dijera: «Mirad que detrás de esas breñas, y dentro de las estrechas gargantas y hondos valles que á vuestros ojos encubren, se esconde un pequeño pueblo que se atrevió á desafiar el poder de Roma cuando Roma era ya la señora del mundo: mirad que ese pueblo de montañeses no ha cesado de protestar por cerca de tres siglos contra la dominación de unos extranjeros que profesaban una misma fe, y que protestarán con más energía contra otros extranjeros que vienen á quitarles su patria y á imponerles una nueva fe y una nueva religión.»

«Dios había querido, dice la crónica, conservar aquellos pocos fieles, para que la antorcha del cristianismo no se apagara de todo punto en España.» Y así fué. Mantuviéronse allí sin ser hostilizados los bravos astures, y los que de otras provincias acudieron á refugiarse al abrigo de sus riscos, el tiempo suficiente para recobrase del primer aturdimiento y concebir el temerario plan de resistir á las huestes agarenas en ninguna parte vencidas, y de fundar allí una nacionalidad. Ofrécese á guiarlos en tan arrojada y arriesgada empresa un hombre de acción y de consejo, jefe atrevido y prudente, que nunca desesperó de la causa de su religión y de su patria. Poco importa que Pelayo fuese un noble godo, hijo de un duque de Cantabria y deudo de los monarcas destronados, como afirman las crónicas cristianas, ó que fuese Pelayo el Romano, como le apellidan las historias árabes; puesto que ya no había diferencia entre godos y romanos-hispanos, todos eran cristianos

y españoles; la fe y la patria los había congregado allí; la patria y la fe los había hermanado.

Aquí se dió principio á la epopeya de la Reconquista española, período gloriosísimo de nuestra historia propia, digna de especial mención y de memoria imperecedera.

Cuando el rumor de la reunión de aquellas pobres gentes llegó á oídos del walí El-Horr, y cuando Alkhamán de orden suya penetró con una hueste sarracena por entre las quebradas rocas y desfiladeros de Asturias, Pelayo y su pequeño pueblo se recogen á hacerse fuertes en la concavidad de una roca, en la cueva de Covadonga, ignorada del mundo entonces, y conocida y célebre en el mundo después. ¿Quién podía creer que aquella cueva encerrara una religión, un sacerdocio, un trono, un rey, un pueblo y una monarquía? ¿Quién podía creer que el pueblo cobijado en aquella cueva como un niño desvalido, habría un día de abarcar dos mundos como un gigante de fábula? ¿Ni que aquella monarquía que se albergaba tan humilde con Pelayo en Covadonga se había de levantar tan soberbia con Fernando é Isabel en Granada?

Los árabes dan principio al ataque contra aquella rústica ciudadela y se realiza el combate más maravilloso que se lee en las páginas de la humanidad. Que si los dardos agarenos no se volvían de rebote contra los mismos que los lanzaban, si las montañas, rocas y árboles no se desplomaban contra ellos, y el terreno no se hundía bajo sus pies; si no se realizaron estos milagros que los escritores cristianos consignan, y sostenemos nosotros, realizóse un prodigio que los musulmanes no han podido desmentir: el de haber aniquilado un puñado de rústicos y nada disciplinados montañeses al numeroso, organizado y nunca vencido ejército musulmán. O el favor de Dios y la protección providencial no se manifiestan nunca visiblemente en favor de una causa y de un pueblo, ó no pudo ser más evidente su intervención en favor de aquella pequeña grey de fervorosos cristianos, restos de la monarquía católica pasada, y germen de la monarquía católica futura.

Ante estos hechos indiscutibles podemos afirmar, en efecto, que la fe es la que ha alentado á esos pocos españoles á emprender esa generosa cruzada contra los sectarios del Islam, que se inicia en Covadonga y terminará gloriosamente con el lábaro victorioso ondeando en las atalayas de Granada. La fe, y solo la fe, enlaza la sociedad destruida con la sociedad que nace. Así se enlazan las sociedades y los principios. De la misma manera que la conversión de Constantino á la fe cristiana fué el eslabón que unió la vieja sociedad romana con las nuevas sociedades de las razas septentrionales, la conversión de Recaredo al catoli-

cismo fué un día el lazo que debía unir y unió la España gótica con la España independiente. El espíritu religioso la guiará en la lucha tenaz y sangrienta que ha inaugurado. La religión y las leyes fueron las dos herencias que la dominación goda legó á la posteridad, y estos dos legados sostuvieron á los españoles en esta nueva regeneración social. Tan pronto como tengan donde celebrar asambleas religiosas pedirán que se gobierne su iglesia *justa Gothorum antiqua concilia*; y tan luego como recobren un principio de patria, clamarán por regirse *secundum leges Gothorum*. Así la España iba recogiendo de cada dominación y de cada edad los principios que han ido perfeccionando su organización; y no parece sino que la Providencia estuvo deteniendo la invasión de los árabes hasta que estuviere acabado el Fuero de los Jueces, y permitió que la invadieran á poco de haberse concluído, como si no hubiera querido privarla de su existencia pasada hasta dotarla de su principio de vitalidad futura.

Importa poco que á Pelayo le dieran ó no el título de rey antes ó después de su famosa victoria. La posteridad se le ha adjudicado, y el mundo se le ha reconocido, puesto que ya no se interrumpió la sucesión de los que después de él fueron siendo reyes de Asturias, de León, de Castilla, de España, y de los Dos Mundos.

Aquella congregación de militares, labradores, pastores, sacerdotes y artesanos, fué atreviéndose á descender de las empinadas sierras, y á ocupar poco á poco los valles y los llanos, donde se ejercitan en las armas, apacientan los ganados, desmontan terrenos, cortan maderas de los bosques, y edifican primero templos y después casas, porque para aquellos piadosos montañeses primero es construir moradas para Dios que viviendas para los hombres. De todas partes confluyen cristianos á aquel Asilo de la independencia, y llevando cada cual una industria, un oficio ó una espada, aumentan y fortalecen la población, fundan una pequeña capital correspondiente á la pequeñez del reino, y se preparan á mayores empresas. Tal era el estado de la cristiandad en España.

Ayudó mucho para llevar á adelante los entusiasmos de los cristianos, el esfuerzo de D. Alfonso, quien después que alcanzó el reino, se llamó el católico. Era hijo de D. Pedro, duque de Vizcaya. Descendía de la nobilísima sangre del rey Recaredo, y siendo más mozo, en tiempo de los reyes Egica y Witiza tuvo principales cargos en la guerra, y en la época que nos ocupa, para ayudar á la república, dejó su patria y su padre. Traía en su compañía un buen número de vizcaínos, con lo que los cristianos se animaron grandemente, y aumentáronse sus

fuerzas. Para obligarle más y tenerlo más prendado, le casaron con Ormisinda, hija de D. Pelayo. Los reyes que sucedieron en España, de estos principes tienen origen de su linaje y su continua propagación. Con la venida de D. Alfonso y con su ayuda, Gijón, lugar muy fuerte por su asiento y fortificación, Astorga, Mansilla, Tineo y otros pueblos de las Asturias y en Galicia, fueron tomados á los moros. Facilitaba barrer á éstos de los pueblos el que sus moradores, como eran cristianos, mataban las guarrniciones de los moros, y con esperanza de recobrar la libertad, con gran voluntad rendían á D. Pelayo las ciudades y plazas. Además que los moros se hallaban en las otras partes de España embarazados con grandes alteraciones de guerras enlazadas unas con otras, de tal suerte que no podían juntar ejército, ni resistir á los intentos de los cristianos.

A la voz de Asturias contestó muy pronto el eco de Navarra, y el pendón de la fe que se enarboló en las cumbres de los Pirineos occidentales no tardó en tremolar también en el Pirineo oriental. Por fortuna los conquistadores no andaban acordes y avenidos. A la unidad momentánea de impulsión que los hizo irresistibles como invasores, sucedieron las antipatías de raza y los odios de tribu que ya dejaron implantados los primeros jefes de la conquista. Favorecía las discordias la distancia que separaba la península del poder central. Ello inspiró el pensamiento de fundar en España un imperio independiente del de Damasco. En las playas de Andalucía el joven Abderrahmán ben Merwan funda el imperio de los Omniadas, la dinastía más brillante que ocupó jamás los tronos del mundo.

Al recordar el gran desarrollo, el engrandecimiento y poderío que alcanzó el imperio mahometano en España bajo la dominación de los Omniadas; al hacer memoria del esclarecido Califato de Córdoba; de aquellos principes filósofos y guerreros; al contemplar las huestes agarenas franquear los Pirineos, invadir la aquitania franca, tomar Narbona, incendiar los arrabales de Marsella, subyugar el Africa, y merecer embajadas de los césares, de Bizancio y de los emperadores de Alemania en súplica de auxilio; parece imposible, parece inverosímil que los soldados del cristianismo que ocupaban tan solo retazos de la península se atrevieran á medir sus fuerzas con aquel poder gigantesco y formidable.

Y sin embargo hicieronlo así, dando comienzo á los tiempos caballerescos. Si los mahometanos se entregaban á la muerte con la confianza de ganar un paraíso de deleites, los cristianos peleaban alentados con la esperanza de ganar el cielo. No hay empresa temeraria si la cau-

sa es justa. A los Abderrahmán, á los Alhakem y á los Hixem, oponían los cristianos, los Ramiros, los Ordoños y los Alfonsos; Almudhafar se encontraba con un Fernán González; y si los sarracenos contaban con un Almanzor *El Victorioso*, no les faltaba á los cristianos un *Rodrigo el Campeador*.

Momentos hubo, negarlo es imposible, en los cuales parecía no existir medio humano que salvar pudiera la causa del cristianismo; mas no era la doctrina de Mahoma la llamada á alumbrar á la humanidad y civilizar al mundo ni el astro que ha de guiarle en su carrera. El pueblo ibero ha tenido el mérito de no desmayar nunca en la fe y de no desconfiar nunca de la justicia, y la Providencia vendrá otra vez en su ayuda.

En todos los extremos de la península reúnen un mismo grito de independencia, que á través de los años halla eco en todos los pueblos. Cada palmo que conquista aumenta su esperanza; cada palmo que pierde enardece su ardor. En Granada se dejará ver un resplandor que desaparecerá al aproximarse la radiante luz de los cristianos, y el Africa volverá á recoger los restos fugitivos de un pueblo que fué culto, y que no hará sino vegetar en la barbarie allá en los desiertos de donde había salido.

Su imperio cayó. Desplomóse desde la cumbre del poder, casi sin gradación intermedia entre su mayor grandeza y total ruina.

Corría el 2 de enero de 1492. Los fertilísimos campos de la Vega y las cumbres de Sierra Nevada veíanse dorados por los rayos de un sol esplendente. Los capitanes, caballeros, escuderos, pajes y soldados del ejército cristiano, vestidos de rigurosa gala, agrupáronse á las banderas. Las mismas personas reales, dejando el traje de luto que llevaban por la muerte inesperada de su yerno, el príncipe D. Alfonso de Portugal, vistieron de gran ceremonia. Todo era movimiento en el campamento, y una alegría inefable se veía pintada en el rostro de aquellos combatientes. A la señal dada por los tres cañonazos que retumbaron por el ámbito de la Vega, el ejército vencedor partió de los reales de Santa Fé para tomar posesión de la insigne ciudad musulmica. Iban delante del ejército el gran cardenal de España D. Pedro González de Mendoza, asistido del comendador mayor de León D. Gutiérrez de Cárdenas, y de otros prelados, caballeros é hidalgos con tres mil infantes y alguna caballería. Atravesó la hueste el Genil, y con arreglo al ceremonial acordado subía la Cuesta de los Molinos á la explanada de Abahul; al tiempo que Boabdil, saliendo por la puerta de los Siete Suelos con cincuenta nobles moros de su casa y servidumbre, se presentó á

pie al gran sacerdote cristiano, y después de respetuoso saludo, díjole el príncipe musulmán en alta voz y triste acento:

«Id, Señor, id en buena hora y ocupad esos mil alcáceres en nombre de los poderosos reyes á quienes Dios, que todo lo puede, ha querido entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes.»

Reinaba en Granada pavoroso silencio. La reina Isabel colocada en una pequeña eminencia, no apartaba los ojos de la Alhambra, sentía impaciencia al ver lo que tardaba en ondear en el palacio árabe la enseña del cristianismo. En esto hirió su vista un resplandor que llenó su pecho de alegría. Era el brillo de la cruz de plata que D. Fernando llevaba en las campañas, plantada en la torre que se llama de la Vela. A su lado vió tremolar el estandarte de Castilla y el pendón de Santiago. *¡Granada, Granada, por los reyes D. Fernando y doña Isabel!* gritaron en alta voz los reyes de armas. El júbilo se difundió por todo el ejército. Salvas y vivas resonaron por toda la Vega. Isabel se postró de rodillas mirando la cruz; el ejército hizo lo mismo; los prelados, sacerdotes y cantores de la real capilla entonaron el *Te-Deum laudamus*, nunca cantado con más devoción y fervor, ni en ocasión más grande y solemne. Entraron en solemne procesión en Granada por la puerta de Elvira, recorrieron algunas calles y plazas, subieron á la Alhambra, y terminó la ceremonia dando á besar los reyes á los nobles y magnates de Castilla, y á los caballeros moros que quisieran rendir homenaje á los nuevos Soberanos.

La fama de esta victoria hinchó á toda España y á todos los cristianos de Europa de alegría. Hiciéronse grandes fiestas y alegrías: todo género de gentes, niños, viejos, religiosos, de todos estados y edades visitaban los templos, cumplían sus votos, no dejaban ningún género de alegría, ni de religiosa demostración de agradecimiento, con que publicaban el contento y regocijo singular que tenían concebido dentro de sus pechos.

Tal fué el desenlace de la larga, penosa y admirable lucha sostenida por cerca de ocho siglos entre españoles y sarracenos, entre el Evangelio y el Korán, entre la cruz y la cimitarra. Así acabó el imperio de Mahoma en los dominios de Occidente; España es libre y cristiana.

Mas ¿cómo aquel imperio descendió de la cúspide al abismo? Su engrandecimiento era puramente material, pues la grandeza moral del pueblo no existía, y faltando ésta, más ó menos tarde, debía desplomarse como se desploma una estatua sin pedestal.

Si más de una vez nuestra excursión á la Meca y siguiendo las